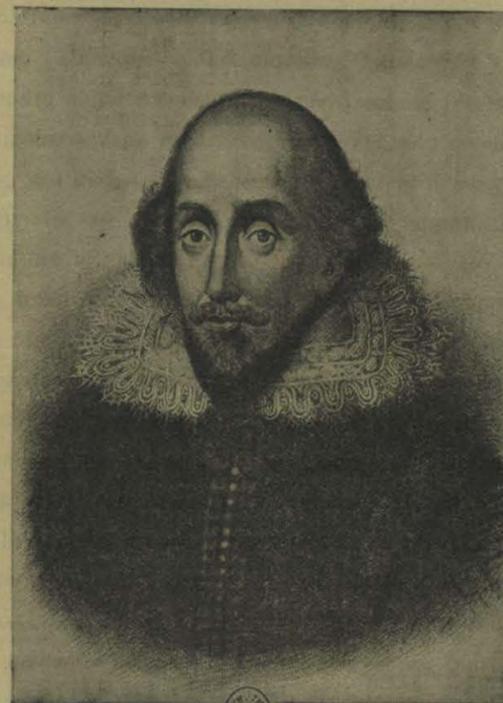


á quien había servido, sin dar á sus actos la misma audacia ni la misma voluntad, pero con más cautela y astucia y además con el mismo buen éxito; tuvo, sin embargo, que luchar con grandes dificultades y más de una vez se le pudo creer vencido, puesto que se vió obligado á desterrarse por algún tiempo, primeramente á Bruhl, cerca de Colonia, después á Bouillon. En este momento de la historia (1648), todos los descontentos, y eran numerosos, creían que la minoridad del rey Luis XIV, á la sazón de siete años de edad, bajo la tutela de una mujer y de un sacerdote, ambos extranjeros, suministraba una ocasión única para producir un cambio favorable á sus intereses. Los personajes de la alta aristocracia, á quienes Richelieu había rebajado el orgullo y disminuído los grandes privilegios, querían reconquistar las prerrogativas tradicionales de grandes feudatarios independientes; las gentes de toga, con los magistrados del Parlamento á la cabeza, trataban de alcanzar otra vez su parte de acción en el Estado que el amo había gradualmente centralizado en su provecho: todos los que querían por diversos títulos ocupar una función honorífica ó remunerada, se pronunciaban contra la intrusión cada vez más activa de extranjeros de toda especie, Italianos sobre todo, que el favor de Mazarino colmaba de beneficios y de plazas: ya el grito de «Francia para los Franceses» unía á los ambiciosos del poder en un gran partido. Por último, el pueblo, divertido por el ruido, arrastrado por la vaga esperanza de una mejora cualquiera, se mezclaba cándidamente en esa agitación de que no había de aprovecharse, y contribuía á darle ese carácter de «fronda» que presenta en la historia. En efecto, carecía de seriedad, no respondía á un deseo profundo, necesitado por un cambio de equilibrio en la vida nacional, y si hubiera habido modificación habría sido necesariamente en un sentido regresivo, por una especie de vuelta hacia el feudalismo. El movimiento abortó, pues, perdiendo todo carácter de agitación general con un fin determinado, para convertirse en simple querrela entre dos individuos: un general afortunado de una parte, Luis de Condé, cuyo gran nombre y sus éxitos contra los Españoles no compensaba, á los ojos de sus mismos amigos, su grotesco orgullo y su grosera insolencia, y de otra parte un sacerdote astuto, conocedor de todos los recursos de la mentira y de la adulación y que

tenía para sí la fuerza de la tradición y el apoyo de la casa real, de que él mismo formaba parte, puesto que la reina regente, Ana de Austria, le había tomado religiosamente por marido, según dicen las memorias de aquel tiempo. En 1652 el cardenal era absolutamente dueño de la situación, y pronto entró en París precedido por una amnistía que no había de ser observada. Luis de Condé fué reducido á traicionar á Francia para hacerse nombrar en Flandes generalísimo de aquellos Españoles que antes había vencido.

Sin embargo, la Fronda no desarrolló sus pequeños acontecimientos sin ser de alguna utilidad para Francia. Lo que se llama el «principio de autoridad» fué muy debilitado du-

rante aquel período, y las iniciativas individuales se habían aprovechado mucho de él. Hubo mucha diversión bajo el régimen variable y caótico de los «fronderos» y de los realistas que se disputaban el poder; pero los pensadores, los moralistas y los pintores de caracteres pudieron estudiar más libremente, las inteligencias se desarrollaron con más fuerza y alegría. Ninguna época de la historia de Francia fué más rica que el período de la Fronda para la formación de hombres de genio ó de un talento superior: si Corneille estaba entonces en su plena vitalidad, puesto que ya era el autor del *Cid*, La Fontaine y Molière eran muy jóvenes; Perrault, Boileau y Racine se hallaban todavía en plena infancia, y La Bruyère nacía en los mismos años



Gabinete de las Estampas.

WILLIAM SHAKESPEARE

de las disensiones civiles. No hay duda que la «edad de oro» de la literatura francesa tuvo en gran parte su origen en ese período de interregno entre los dos dominadores inflexibles, el cardenal de Richelieu y el rey Luis XIV.

Este, que recibió el poder en el lecho de muerte de Mazarino, en 1661, no tenía entonces más que veintidós años, y su parte en las fatigas del gobierno había sido nula; mas por una ilusión muy natural en los reyes, pudo creerse muy grande desde el primer día, puesto que sus dominios habían desbordado por todas partes las antiguas fronteras, las cosechas llenaban los graneros y la población aumentaba en todas las provincias, sus ejércitos eran los más sólidos y los mejor mandados de Europa, y su hacienda, en muy buen estado, le permitía intervenir con autoridad en la política de todos sus vecinos. Ocupaba el primer lugar entre todos los soberanos de Europa antes de haber reinado, y él mismo tenía plena conciencia de la altura de su destino. Noble y digno en su ademán, rebosaba también la gracia; no le bastaba ser majestuoso, tenía además el cuidado de agradar y lo conseguía á maravilla porque apreciaba igualmente el valor ajeno. Poseía el verdadero sentido del fausto, porque no sólo era magnífico en su persona, sino que sabía serlo también en el conjunto de su corte, en el orden de cuanto le rodeaba, en las instituciones que se fundaron bajo su nombre, en el funcionamiento y en la armonía de sus ministerios; en todo el organismo del Estado.

En todas partes supo arreglar esas bellas perspectivas arquitectónicas que realizó material y simbólicamente al fin en su inmenso palacio de Versalles, en ese mundo sin límites de piedra y de mármol, en el cual las galerías y las terrazas, las suntuosas escaleras, las calles de árboles con fuentes de poderosos surtidores y el pueblo de estatuas se prestan admirablemente á la magia de los colores, á la elegancia de los grupos y á la pompa de los cortejos. La cohorte de los cortesanos se transformaba en su rededor en una bella figuración teatral, y todo lo que no podía entrar en esa decoración incomparable, el pueblo de brazos remangados y de grosero lenguaje, los burgueses apresurados que se ocupan de su comercio y de su profesión, todos los sujetos á servidumbre y pagadores de

impuestos eran rechazados y permanecían á distancia. El lujo se ostentaba en Versalles, mas en París se hacía el trabajo que repugnaba á los bellos ojos; en París se pensaba y se obraba, cosas indeclicadas que no eran permitidas cerca del amo. Así se establecía claramente el contraste de la «corte» y de la «ciudad», sedes de dos monarquías, una orgullosa, invasora, seguida de famas que pregonaban su gloria; la otra casi ignorándose ella misma y empequeñeciéndose, pero contentiéndose en sí las promesas del porvenir. A pesar de todas las apariencias, allí se encontraba la fuerza y á ella se dirigían los escritores, aunque enviando humildemente sus dedicatorias al rey.

Toda oposición formal había desaparecido: no se oía el menor murmullo. Los magistrados de los parlamentos, tan ruidosos cuando espe-

raban triunfar de Mazarino, se habían vuelto silenciosos y se limitaban á registrar los edictos que se les daba para leer y copiar. Las franquicias de las provincias y de las corporaciones que no concordaban con las reglas de la centralización general eran suprimidas. Ya no se trataba de libertades municipales desde algunos reinados anteriores, pero al menos quedaban de ellas algunos símbolos, y esos símbolos quedaron también abolidos. El regidor de



Gabinete de las Estampas.

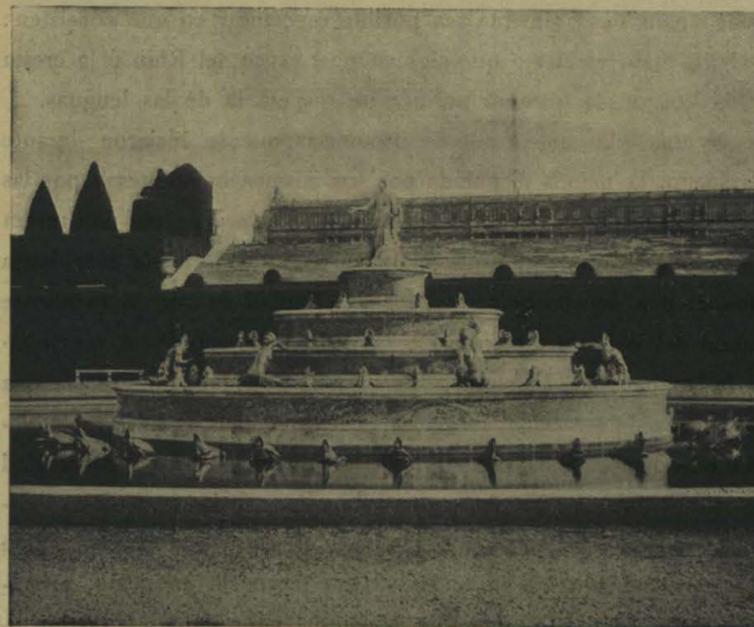
LABRUYÈRE, 1645-1696

Marsella, Glandavés, conforme al derecho tradicional de los magistrados de la antigua ciudad, se presentó ante el soberano sin descubrirse; pero la tradición fué bruscamente cortada por un nuevo y más riguroso ceremonial, y el orgulloso regidor estuvo á punto de ser decapitado, de lo que le salvó la adhesión de sus colegas, que, solidarios de su orgullo, le hicieron escapar, y por ello sufrieron una larga prisión.

Católico severo, porque la religión con su bella jerarquía, sus ritos y sus fiestas pertenecía á la magnificencia del Estado, Luis XIV no sufría la menor oposición de parte de los prelados. La Iglesia llamada «galicana», porque se cuidaba de los intereses reales de las Galias contra la dominación de los papas, se constituyó victoriosamente bajo Luis XIV, y todos los cuerpos del Estado tuvieron que ayudarle á triunfar. En diversas ocasiones, la ingerencia del papa fué rechazada con firmeza, y finalmente, en 1682, un concilio á que asistían treinta y cinco obispos, acogió por su voto respetuoso las «cuatro proposiciones» formuladas por Bossuet, según las cuales «príncipes ni reyes no están sometidos al poder de la Iglesia en el orden material, mientras que los papas deben, hasta en materias religiosas, conformarse con las resoluciones de los concilios y observar, especialmente en Francia, los principios establecidos, las costumbres, las instituciones». Esos cuatro artículos hubieran sido considerados doscientos años después como verdaderas herejías, y dos siglos antes hubieran conducido su autor á la hoguera, pero eran entonces la misma ortodoxia para los prelados franceses, y no les impedían lo más mínimo perseguir los herejes de la época, jansenistas y protestantes.

En sus dominios todos se prosternaban ante el rey y hasta delante de su imagen resplandeciente como un sol. Naturalmente debía tomar en serio ese nombre de «Grande» con que sus cortesanos le saludaban y dejarse tentar por la ambición de hacer que brillara su gloria hasta los confines del mundo. Si su extraña divisa, *Nec pluribus impar*, tiene algún sentido, ¿no significa que se sentía con fuerza para luchar contra varios adversarios á la vez y que los desafiaba de antemano tomando sus reinos como premio de su victoria? La locura del dominio universal le había tomado por víctima, como otros

á quienes la fortuna ha colocado en la región del vértigo, y, en el vasto organismo militar que se agrupaba á su alrededor, sobre la multitud de los productores que no piden más que la paz, ¡cuántos jóvenes ociosos, audaces é inteligentes estaban dispuestos á secundar sus ambiciones! A pesar de los tratados que habían asegurado á Francia una situación dominante, su amo necesitaba la guerra para la gloria, y su reinado no fué, en efecto, más que una guerra sin fin.



Cl. J. Kuhn, edit.

VERSALLES — LA FUENTE DE LATONA Y EL PALACIO

No podían faltar motivos á un hombre colocado sobre la moral humana. Casado con una hija de España, reclamó, á la muerte de Felipe IV, en 1665, una parte de herencia á la que no tenía ningún derecho. Tal fué el principio de la interminable lucha en que sus generales, habituados á la victoria, encontraron pronto dignos rivales, mientras que los recursos en hombres y en dinero se agotaban poco á poco. El final del siglo marcó el apogeo de la potencia territorial del rey Sol: en 1700, uno de sus nietos subió al trono de España; pero el Imperio, Inglaterra, Holanda y Portugal se ligaron contra él, y al período de las victorias sucedió el de las cam-

pañás indecisas, después el de las batallas perdidas y las retiradas desastrosas. De 1704 á 1710, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya derrotaron repetidas veces á los Franceses: Blenheim, Ramillies, Oudenarde (Audenarde), Malplaquet, é hicieron que fuera casi nula la obra de Turena, de Condé y de Vauban; sin embargo, una última y suprema jornada, la de Denain, en 1712, tres años antes de su muerte, permitió á Luis XIV extinguirse en cierta altura de majestad y dejó á Francia en los límites que se ha convenido en llamar «naturales» sin que sea posible especificar en qué consisten: en todos casos es cierto que siguiendo el cauce del Rhin ó la cresta de los Vosgos, la frontera política no respeta la de las lenguas.

De todas las anexiones de provincias que se hicieron durante su reinado, la menos disputada por los mismos habitantes y por las potencias extranjeras fué la del Franco-Condado, que, por una rareza de los juegos de la política y de la casualidad, había sido hasta entonces una dependencia de España. Verdad es que la pendiente general del país, la dirección de los valles, las relaciones comerciales, la lengua y las costumbres de la población daban á Francia una gran fuerza de atracción sobre las gentes del país, y éstas se hubieran unido siempre á sus vecinos occidentales en una misma comunidad nacional si hubieran estado seguros de conservar las franquicias locales, de que tan justamente estaban orgullosos y que habían valido un nombre glorioso á su patria. Otra fuerza de atracción, procedente también de la vecindad y de la semejanza debida á instituciones análogas, tendía á unir el Franco-Condado á los cantones «libres» de Suiza; pero en aquella época los Estados confederados no ofrecían un buen ejemplo. La venta de los jóvenes á título de mercenarios había envilecido la nación, y los burgueses de las ciudades, privando á los campesinos de las tierras comunales les forzaban á la servidumbre, de lo que resultaron en 1653 sangrientas rebeliones que fueron reprimidas con la misma crueldad que lo fué un siglo antes el levantamiento de los campesinos de Alemania. El «Condado» no hubiera podido encontrar, pues, apoyo en los cantones suizos para mantener su independencia después de la retirada de los ejércitos españoles en 1674, cuando fué solicitado por la monarquía francesa. De hecho la ocupación se hizo en pocos días, casi sin lucha, y fué definitiva,

Del lado del Nordeste, entre el litoral de Flandes y el macizo de los Ardenes, toda frontera ha de ser puramente artificial. Unas vías históricas fáciles la franquean por diversos puntos, y el límite de las lenguas — flamenco y walón, — la única línea de separación que podría justificar en apariencia la creación de una barrera política se desarrolla casi en línea recta de Oeste á Este, transversalmente á



Grabado de «Sites et Monuments de France»

FRANCO-CONDADO — EL MANANTIAL DEL LISON

la línea de plazas fuertes, doble ó triple, según el peligro presumido, que los soberanos enemigos levantaron en medio de los campos disputados. Los historiadores hablan sonriendo de los prodigiosos y vanos esfuerzos de los emperadores de China que construyeron la «Gran Muralla» para detener las incursiones mongolas; pero ¿qué diremos de esas cadenas de fortalezas que se alinean amenazadoras á lo largo de una frontera móvil, incesantemente variada y que ha sido necesario reconstruir varias veces, proveer de nuevos instrumentos de guerra, transformarlas para arrasarlas después y reconstruirlas últimamente? Un muro de plata no hubiera costado tanto

N.º 402. Batallas de la Marca belga.



1 : 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

Los puntos negros indican lugares de batallas; los puntos abiertos, ciudades cuyos sitios tuvieron alguna importancia.

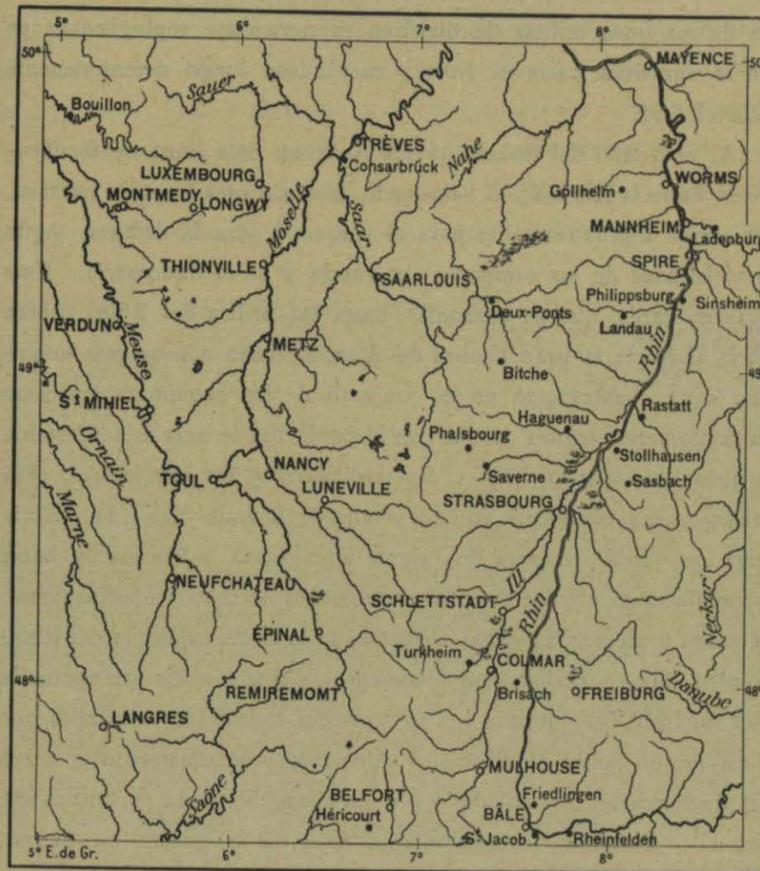
Sucesión de las batallas en campo raso y sitios. — s, victoria del Sud; n, victoria del Norte.

1214 Bouvines s	1479 Guinegate n	1678 Saint-Denis s	1745 Fontenoy s
1297 Furnes s	1513 Guinegate n	1689 Walcourt n	1792 Jemappes s
1302 Courtrai n	1554 Renty s	1690 Fleurus s	1793 Wattignies s
1304 Mons-en-Pévèle s	1558 S. Quintín n	1692 Steenkerk s	1794 Fleurus s
1328 Cassel s	» Gravelines n	1693 Neerwinden s	» Hondschoote s
1340 L'Ecluse n	1643 Rocroy s	1703 Eeckeren s	» Seneffe s
1346 Crécy n	1648 Lens s	1706 Ramillies n	1815 Ligny s
1382 Roosebeek s	1658 Dunes s	1708 Oudenarde n	» Waterloo n
1408 Halbain s	1659 Marienbourgs	1709 Malplaquet n	1870 Sedan n
1415 Azincourt n	1674 Seneffe ?	1712 Denain s	1871 Bapaume s

1213 Lille, y 1297, 1667, 1708, 1792	1539 Gand	1646 Dunkerque, y 1658, 1793	1692 Namur, y 1695, 1745, 1792
1347 Calais	1555 Rocroy, y 1656	1676 Bouchain, y 1711, 1712	1710 Douai, y 1712
1467 Liège	1572 Mons, y 1691,	1711, 1712	1712 Landrecies
1414 Arras, y 1479, 1640, 1654	1746, 1792	1677 Cambrai, Cassel	1745 Tournay
1521 Mézières	1585 Anvers, y 1832	» Valenciennes,	1793 Maubeuge
	1604 Ostende	y 1793, 1794	» Condé

como esas murallas bañadas en sangre humana, donde cada fuerte lleva un nombre en la historia de las matanzas. Las guerras de

N.º 403. Batallas de la Marca alsaciana.



1 : 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

Actualmente la línea de las fortificaciones francesas pasa por Verdun, Saint-Mihiel, Toul, Epinal; Remiremont, Belfort, con fuertes destacados hacia Montmédy, Nancy, Lunéville, Neufchâteau; Langres forma parte de la segunda línea. Las líneas alemanas comprenden Thionville, Metz, Estrasburgo y Maguncia. — e, victoria del Este; o, victoria del Oeste.

1298 Göllheim e	1638 Rheinfelden o	1675 Turckheim o	1703 Höchstädt o
1444 Saint-Jacob o	1674 Sinsheim o	» Consarbrücke	» Spire o
1474 Héricourt e	» Ladenburg o	1702 Friedlingen o	1707 Stollhoffen o
1524 Saverne o	1675 Salsbach e	1703 Stollhoffen o	1796 Rastatt o

1445 Metz, y 1572	1632 Worms, y 1689	1677 Freiburg	1689 Mannheim
1477 Nancy	» Schlettstadt, y 1815	1680 Landau, y 1702, 1704,	» Rastatt
1551 Verdun, y 1792	1815	1713, 1793	1744 Phalsbourg, y 1814, 1815
1558 Thionville, y 1639, 1643, 1792, 1814	1675 Trèves	1681 Strasbourg, y 1814	1793 Bitche
1631 Mayence, y 1644, 1688, 1793, 1796	» Haguenuau	1684 Luxembourg, y 1795, 1814	1795 Bouillon
	1677 Philippsburg, y 1688 y 1734	1815 Longwy	

Luis XIV nos muestran, durante más de medio siglo, el brusco vaivén de esa línea militar de división, primeramente replegándose en puntas agresivas hacia el Norte, curvándose luego defensivamente hacia el Sud.

Al otro lado del macizo de los Ardenes, otra línea de fortificaciones, entre la Alsacia y el Palatinado, marcaba otra frontera artificial, que servía alternativamente para el ataque ó para la defensa, según las vicisitudes de las campañas de guerra y de la diplomacia. Esas obras militares, que se extendían hasta las orillas del Rhin, debían cubrir al Norte la gran llanura de Alsacia, tierra nuevamente adquirida, cuya conservación en el conjunto de las provincias francesas era tanto menos segura cuanto que la población se unía á la Alemania de ultra-Rhin por la lengua, las tradiciones y las costumbres. Sin embargo, esa conquista no fué arrancada á Luis XIV; la Alsacia había de quedar durante dos siglos anexionada á Francia, y hasta unirse sinceramente á ella en un sentimiento de colectividad nacional. La nueva toma por las armas alemanas de la orilla izquierda del Rhin, en 1870, fué en realidad un fenómeno de reacción directa contra la obra de Luis XIV, porque los estragos del Palatinado ordenados por él no fueron jamás olvidados en Alemania y suministraron el texto más frecuentemente comentado por el evangelio de la reivindicación nacional. Entonces, como hacia el final de la guerra de Treinta años, la única estrategia consistía en privar de alimentos al ejército enemigo y á las poblaciones que hubieran podido proporcionárselos. «Comer el país, ó no dejar en él nada comestible, tal era la obra que se procuraba realizar». (Carlyle.)

En su infatuación, el amo infalible, Luis XIV, en guerra con Europa, no temió enviar á sus propios enemigos el refuerzo más precioso, el de sus súbditos protestantes. Nunca fué leal en la aplicación del edicto de Nantes, promulgado por su abuelo: primeramente prohibió toda ceremonia de respeto en los entierros de hugonotes, que en lo sucesivo habían de enterrarse como los de los ajusticiados; después dió una prima infame á la apostasía descargando á los convertidos de las deudas contraídas con sus antiguos correligionarios; luego, sucesivamente, todas las vejaciones y persecuciones, todos los fraudes y violencias fueron declarados legítimos respecto de aquellos

herejes sin derechos: los sacerdotes les atormentaban en su lecho de muerte, se les privaba de sus hijos, se demolían sus templos. Por último, en 1685, Luis XIV, á quien el miedo á la muerte había hecho devoto, se dejó persuadir y dió el gran golpe: revocó el edicto de Nantes bajo la doble influencia de sus confesores jesuítas y de una mujer insinuante y pérfida, madama de Maintenon, interesada en su propia salvación y que quería hacerse perdonar sus orígenes



VALLE DEL JONTE, CERCA DE MEYRUEIS

Cl. J. Kuhn, edit.

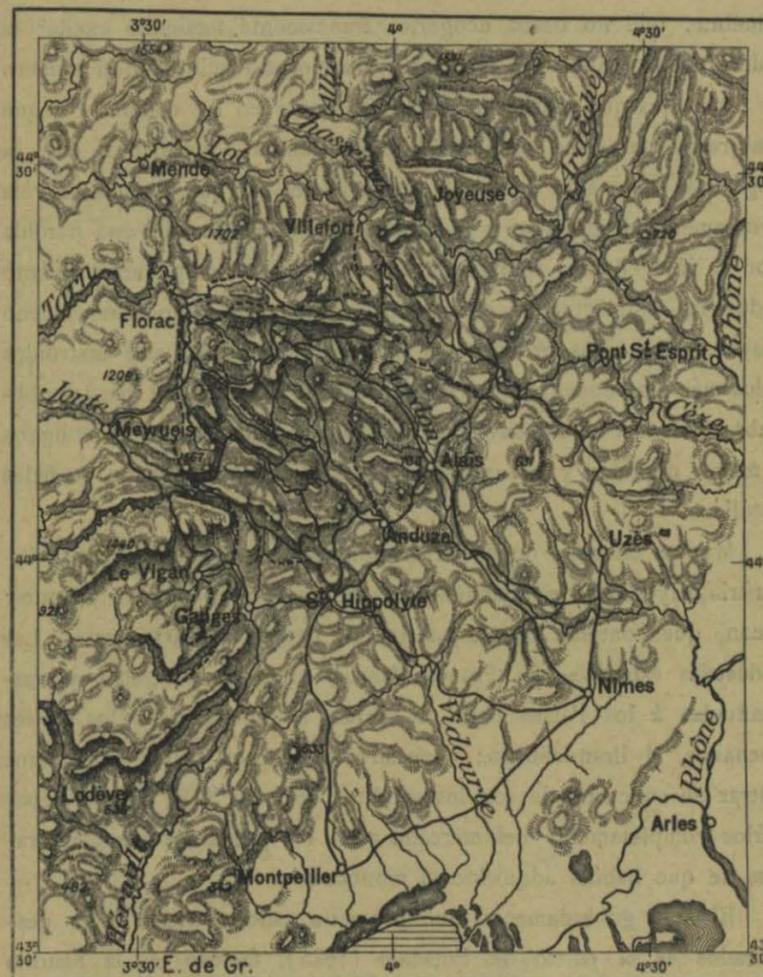
protestantes. Libre de todo compromiso con aquellos Franceses que iban al sermón en vez de ir á misa, Luis XIV castigó desde entonces la herejía como un crimen. Miles y miles de protestantes llegaron á conocer las «galeras» del rey, nombre que hace temblar todavía á los campesinos de Francia en las comarcas apartadas. El palo, el látigo, el cepo, los instrumentos de tortura reinaban en aquellas galeras sobre los desgraciados, cautivos moros ó Franceses culpables, inocentes ó mártires que la desgracia ó la maldad de los hombres habían reunido en ellas. ¿Dónde eran mayores los horrores, en la Mauritania, donde los cautivos cristianos remaban para el dey musul-

mán, ó en los mares del León que recorrían silenciosamente las galeras del gran Rey?

Más dichosos que los cautivos fueron los que sucumbieron como hombres libres. En los valles de los Cevennes, sobre las dos vertientes, los protestantes eran bastante numerosos para constituir una verdadera nación en la nación, que hubiera querido vivir en paz con sus vecinos, pero que tenía el sentimiento de su fuerza y se sentía defendida por sus ásperas rocas sin caminos. Resistió, frecuentemente victoriosa, y fué necesario enviar contra ella verdaderos ejércitos mandados por mariscales de Francia que se habían medido en las guerras extranjeras con los más ilustres capitanes. En todo tiempo, las «expediciones al interior», no sometidas al derecho de gentes, fueron más bárbaras que las campañas dirigidas oficialmente contra los enemigos del exterior, y las «dragonadas» que organizaron los que convirtieron á los habitantes de los Cevennes fueron una de esas horribles empresas militares acompañadas de toda clase de abominaciones.

La guerra propiamente dicha no estalló hasta mucho tiempo después de la revocación oficial, en 1702, y no duró más que dos años y medio, pero tuvo por consecuencia la despoblación casi completa del país. Lo que dió á la bella lucha de los montañeses contra ejércitos enteros un aspecto tan democrático y tan digno, fué que los nobles no tomaron en ella la más mínima parte, como en los levantamientos anteriores de los reformados. Tampoco los pastores participaron en la lucha; se abstuvieron, entristecidos y contrariados, repitiendo sin cesar su cobarde y cómoda fórmula: «Obedeced á los poderosos». Pero los «camisardos», que habían hecho un «pacto con la muerte», no tenían necesidad de señores ni de pastores para resistir victoriosamente en su ciudadela de montañas. Para reducirles por hambre y obligarles á descender á la llanura, donde querían perseguirles como á la caza, fué preciso proceder metódicamente á la demolición de todos los lugares y aldeas del país insurrecto, que quedó completamente arrasado. Desde aquella época, la marca de separación formada por los Cevennes entre la vertiente del Mediterráneo y la cuenca del Loira, entre la Francia del Mediodía y la del Norte, se ha prolongado mucho. La mano de Luis XIV pesa todavía sobre las soledades.

N.º 404. Teatro de la Guerra de los Camisardos.



1 : 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

Los caminos señalados sobre este mapa están copiados de un mapa publicado durante la guerra: «Las Montañas de los Cevennes donde se retiran los fanáticos del Languedoc y las llanuras de las inmediaciones donde hacen sus correrías, con los grandes caminos reales hechos por orden del Rey para hacer practicables esas montañas, bajo los cuidados de M. de Baviile, intendente del Languedoc, dibujados sobre el terreno... 1703».

El intendente del Languedoc hizo devastar 446 lugares y aldeas habitados por 19,500 personas.

Todos los protestantes que pudieron escapar á la persecución aceptaron el asilo ofrecido con un celo á la vez generoso é interesado por Inglaterra, Holanda y varias ciudades ó principados de Alemania,